

Hermes Radio: intelectual y militante. Un análisis de los vínculos entre Milcíades Peña y el trotskismo en las décadas de 1940-1960.

Camarero y Hernán.

Cita:

Camarero y Hernán (2013). *Hermes Radio: intelectual y militante. Un análisis de los vínculos entre Milcíades Peña y el trotskismo en las décadas de 1940-1960. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/677>

**XIV° JORNADAS INTERESCUELAS/DEPARTAMENTOS DE HISTORIA
Mendoza, 2 al 5 de octubre de 2013**

Institución organizadora:

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional de Cuyo

MESA TEMÁTICA ABIERTA

Título:

Historia de la izquierda en la Argentina: política, sociedad e ideas (1880-1960)

Coordinadores:

Hernán Camarero (CONICET, Universidad de Buenos Aires)
Carlos Miguel Herrera (IUF, Université de Cergy-Pontoise, Francia)

**HERMES RADIO: INTELECTUAL Y MILITANTE. UN ANÁLISIS DE LOS
VÍNCULOS ENTRE MILCÍADES PEÑA Y EL TROTSKISMO EN LA DÉCADA
DE 1940**

Hernán Camarero
(CONICET – UBA)
hercamarero@gmail.com

Milcíades Peña (La Plata, 1933 – Buenos Aires, 1965) fue uno de los más importantes historiadores marxistas y uno de los principales intelectuales trotskistas de la Argentina. No contó con estudios universitarios y, antes que un autodidacta libre, ejerció el papel de intelectual crítico, formado en la escuela del compromiso político. Desde muy joven, se inició en la vida política, en las filas del PS. Hacia 1946, junto a un puñado de jóvenes socialistas, ingresó a la organización trotskista liderada por Nahuel Moreno: el Grupo Obrero Marxista (GOM), luego convertido en Partido Obrero Revolucionario (POR). Allí colaboró con Moreno en el estudio de la teoría marxista y el análisis de la historia y la economía argentinas, intentando comprender los cambios ocurridos tras el advenimiento del peronismo. Sus primeros textos fueron publicados en *Frente Proletario*, el periódico del

GOM-POR, en los que Peña fundamentó la caracterización de su organización acerca del peronismo, al cual luego la corriente definió como un “bonapartismo sui géneris”, inconsecuente en sus reclamados objetivos antioligárquicos y antiimperialistas. Posteriormente, a partir de nuevos planteos de Moreno, readecuó su caracterización, destacando la base obrera del justicialismo y sus inevitables colisiones con el imperialismo. Bajo estos presupuestos, participó de la experiencia del Partido Socialista de la Revolución Nacional (PSRN), desde su Federación Bonaerense y el periódico *La Verdad*, y desde allí se opuso al golpe militar de 1955 (tal como es explicado en su folleto “¿Quiénes supieron luchar contra la ‘Revolución Libertadora’ antes del 16 de septiembre de 1955”). En los años siguientes se vinculó al proceso de la Resistencia, siempre relacionado con el “morenismo”, pero luego, en el último lustro de vida, se distanció definitivamente de esta corriente, convirtiéndose en un intelectual marxista independiente.

La obra de Peña merece destacarse en cuatro campos. En primer lugar por sus estudios sobre las características de la clase dominante argentina y, a partir de ello, acerca de los rasgos que sumió en el país el capitalismo agrario, el subdesarrollo industrial y la dependencia con respecto al imperialismo. Entre otras publicaciones, su libro, como todos, editado póstumamente bajo el título *Industria, burguesía industrial y liberación nacional* (1974), es el más representativo de este tipo de elaboraciones. En segundo lugar, debe señalarse sus producciones diversas y su propia labor editorial en la revista *Fichas de investigación económica y social*, que el propio Peña fundó y dirigió hasta su muerte. En tercer lugar, sus reflexiones sobre la teoría marxista, que en general se volcaron como resultado de cursos dictados con sentido militante (Ver: Peña, 2000). Y, por último, y quizás más importante sus investigaciones historiográficas (que encaró sobre todo entre 1955-1957), desgranadas en varios artículos y una serie de pequeños libros publicados luego de su muerte, que muchos años pudieron ser reunidos bajo el título pretendido por el propio Peña: *Historia del pueblo argentino* (2012). Esa fue su proyecto intelectual más trascendente, en el que se propuso cubrir la totalidad de la historia nacional, desde la colonización española hasta la Revolución Libertadora. Allí su objetivo no fue ofrecer una mera narración o superficial explicación de los hechos, sino proponer un conjunto de argumentaciones e hipótesis

disruptivas, que hicieran inteligibles algunos de los clivajes esenciales del entramado social desde 1500 a 1955; en especial, intentando explicar las razones que históricamente impidieron a la Argentina salir de su condición atrasada y colonial. Auxiliado con la teoría de la revolución permanente, la ley del desarrollo desigual y combinado y otros aportes de la teoría marxista, Peña buscó desentrañar la estructura económico-social del país y las causas y lógicas con las que se desarrollaron las confrontaciones entre sus clases. Paradójicamente, son las clases dominantes, sobre todo, en sus limitaciones objetivas y subjetivas para comportarse como un factor avanzado de la historia, las que aparecen más atendidas (y enjuiciadas) en el análisis, antes que el pueblo argentino invocado en el título, sobre cuya comprensión apenas se adelantan algunos elementos. El ángulo preponderantemente elegido por Peña para encarar su propósito fue el de una impiadosa crítica historiográfica, escrita con su distintivo estilo punzante, en donde el uso descarnado de la mordacidad y la acidez se combinaban las referencias más eruditas. En particular, emprendió una faena de aniquilación de las visiones en ese entonces hegemónicas, que él definió como expresiones intelectuales de la burguesía y puras versiones mitológicas del pasado: la del liberalismo en buena medida mitrista, que había instaurado la línea Mayo-Caseros como evolución progresiva del país; y la del revisionismo histórico, que había impugnado a aquella, en reivindicación de los supuestamente derrotados (Rosas o caudillos provinciales). También impugnó a quienes introducían sólo variantes en ellas: los intelectuales vinculados al socialismo reformista y al comunismo estalinista, traductores pretendidamente “marxistas” del punto de vista liberal; y los nacional populistas de izquierda o de “izquierda nacional” (Rodolfo Puiggrós, Jorge Abelardo Ramos), incapaces para superar a la falsa opción liberal-revisionista.¹

Resulta aún necesario examinar (y en cierto sentido reexaminar) el modo en que Peña se vinculó al trotskismo, de qué manera su experiencia militante influenciaron a sus ideas y a su obra, y en qué aspectos se distanció de esa tradición y cobró rasgos específicos u originales. Todo ello aportaría a un mayor conocimiento, no sólo de una experiencia intelectual individual, sino, desde un enfoque específico, del trotskismo, una corriente de

¹ Para un análisis de las concepciones historiográficas de Peña, cfr.: Tarcus (1996); Acha (2009).

izquierda, extremadamente pequeña en aquellos años, pero que luego fue conformando un espacio político de creciente significación. Como parte de un estudio mucho más vasto, en esta ponencia proponemos aportar de un modo sólo parcial en esta labor, a partir de un recorte muy limitado. Consideramos sólo el período inicial, el de la incorporación de Peña a las filas del trotskismo, en particular al GOM-POR durante la segunda mitad de la década de 1940, a partir de un relevamiento y estudio de una serie de materiales y fuentes que resultaban desconocidas o habían sido insuficiente o inadecuadamente consideradas. Se trata de un recorte temporal muy peculiar, porque no nos sirve todavía para encontrar a Peña en el proceso de su propia elaboración teórica e historiográfica, sino en su marco formativo. De este modo, podremos rastrear el origen, no de todas, claro está, pero sí de algunas de las ideas, tópicos e hipótesis fundamentales que luego cobrarán vida en la obra de Peña. En este sentido, nuestra exposición presupone y da por ya suficientemente explorados los propios escritos de este intelectual, pero entiende que han sido mucho menos abordados los marcos teóricos, políticos y de práctica política en los cuales éstos comenzaron a ganar fundamento y sentido.

El ingreso de Milcíades Peña en el trotskismo

Peña había nacido en mayo de 1933 en la ciudad de La Plata, cuando en el país transcurrían los años de la “década infame” y gobernaban los paladines del “fraude patriótico”. Su infancia nos remite a un niño criado en el ámbito de la clase media urbana por sus tíos, un matrimonio mayor que lo adoptó ante la imposibilidad que presentaba su madre para atenderlo, quien padecía de graves problemas nerviosos. Incluso, la propia existencia de sus padres y hermanos le fue desconocida al joven hasta sus once años, hecho que le habría provocado “una crisis de identidad” que lo marcaría para siempre (Tarcus, 1996: 109). Su temprana pasión por la literatura quedó favorecida por el hecho que su tío se desempeñaba como empleado en la biblioteca de la Universidad Nacional de La Plata, lo que proporcionó al precoz lector el ámbito necesario para que pudiera internarse, de manera increíblemente prematura, en diversos campos de la literatura, la historia, la política y la filosofía, en creciente vínculo con la bibliografía marxista. Su camino hacia la política se presentó también

apresuradamente, con una simpatía hacia el socialismo. En La Plata, que contaba con una importante universidad nacional y era un centro cultural y universitario de gran actividad, la presencia organizativa-electoral del viejo partido de Juan B. Justo y Nicolás Repetto era destacada. Como es bien conocido, desde el golpe militar del 4 de junio de 1943 la realidad política argentina ingresó en un ciclo de destacados eventos. En un contexto de movilización obrera y polarización socio-política irrumpió el peronismo en la realidad argentina. Al mismo tiempo, se fue conformando una fuerza política opositora al régimen militar y al naciente movimiento laborista; ella adoptó una forma definitiva, bajo el nombre de Unión Democrática (UD), durante la campaña electoral en la que finalmente triunfó el coronel Perón, pero sus fuerzas integrantes ya venían actuando en frente único desde 1944. El PS se sumó a este bloque anti-peronista, conformando la UD junto a los radicales, los conservadores, los demócratas progresistas y los comunistas. El acercamiento de Peña hacia la Juventud Socialista de La Plata se produjo en este contexto, hacia mediados de 1946.

Sin embargo, esta simpatía y adhesión general al socialismo por parte de Peña fue muy efímera, convirtiéndose apenas en una transición para su ingreso, un año después, a otra corriente de izquierda que venía despuntando en la escena nacional: el trotskismo. Sus perspectivas eran inciertas en la década de 1940.² Luego de una década de extrema dispersión, divisiones, persecución por parte del Estado, hostilidad del estalinismo vernáculo, ocasionales intervenciones en el campo sindical y mucha bohemia intelectual, el trotskismo había logrado agrupar a casi todas sus vertientes en una sola organización, el Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS). Pero esta fuerza no fue duradera y hacia 1941 estalló en diversos sectores. De allí emergieron el Grupo Cuarta Internacional (GCI, orientado por Jorge Posadas), la Unión Obrera Revolucionaria (UOR, de Miguel Posse), el grupo Octubre de Jorge Abelardo Ramos y el antes mencionado Grupo Obrero Marxista. Fue en este último agrupamiento donde comenzaron a militar Peña y los otros jóvenes que lo acompañaban.

El GOM había sido fundado entre 1943 y 1944 bajo impulso de un joven de clase

² Para una reconstrucción de la historia y desarrollo del trotskismo durante las décadas de 1930-1940, cfr.: Alexander (1973 y 1991); González (1995); Tarcus (1996); Coggiola (2006); Galasso (2007); Rojo (2002 y 2012).

media acomodada, Hugo Miguel Bressano Capacete (1924-1987), quien luego de un breve paso por las filas del PORS recaló en la Liga Obrera Revolucionaria (LOR) dirigida por Liborio Justo.³ Fue este último el que lo apodó con el nombre con el que se lo conocería hasta el final de su vida: Nahuel Moreno. El minúsculo grupo, mayoritariamente integrado por jóvenes obreros de origen judío, provenientes de Villa Crespo, evaluó que, si el trotskismo se hallaba aquejado por un proceso de disgregación, desorientación y diletantismo crónicos, ello respondía, no exclusiva o preponderantemente a eventuales desvaríos de carácter programáticos, sino al carácter social esencialmente pequeñoburgués y alejado de los trabajadores, que éste presentaba. Ello quedó plasmado en un documento escrito por Moreno en 1943 llamado *El partido* (Moreno, 1944), donde se estableció como objetivo básico la vinculación física y directa con el movimiento obrero en lucha. En 1944-1945 el GOM se encontró apoyando diversos conflictos, como el de los obreros de la fábrica textil Grafa y de los frigoríficos Smithfield (de Zárate) y Anglo-Ciabasa y Wilson en la zona sur del Gran Buenos Aires, juntando aportes financieros para fondos de huelga en la Isla Maciel y el Dock Sud. La gran mayoría de sus militantes se fueron a vivir a un pobre conventillo del barrio obrero de Villa Pobladora, en Avellaneda, para hacer más profundo su contacto con el proletariado industrial (en especial, el de mayor nivel de concentración y explotación), en el cual comenzó a ganar la adhesión de algunos activistas en los gremios de la carne, textil y metalúrgico. Recién a partir de octubre de 1946 el GOM comenzó a editar un órgano propio de prensa: se trató de un inicialmente precario periódico, titulado *Frente Proletario*.

Un rasgo inalterable pareció afectar al GOM: reivindicaba la necesidad de una labor de elaboración teórica e intelectual marxista, pero rechazaba todo trabajo específico y privilegiado con intelectuales y estudiantes. Si captaba para sus filas a algunos de ellos, era para enviarlos sin largas mediaciones hacia la estructuración en el movimiento obrero. Se trataba de una concepción “obrerista”, que le abrió al grupo la posibilidad de una muy modesta pero creciente inserción proletaria, bajo la pertinaz amenaza de despreñar la relevancia de los imprescindibles ajustes teórico-programáticos que su labor militante al mismo tiempo exigía. Muchos años después, hasta el propio líder de la corriente admitía

³ Sobre la trayectoria política de Moreno: Carrasco y Cuello (1988); González (1995); Tarcus (1996);

acerca de esos primeros años: “...nosotros despreciábamos todo lo que no era obrero y dentro de lo obrero, sólo nos interesaban las grandes fábricas y entre éstas sólo las peor pagas. Fue una desviación sectaria muy grande” (Veiga, 1989: 65). Las posteriores justificaciones acerca de estas limitaciones remitían a la inmadurez juvenil de la pequeña agrupación, así como al nivel de debilidad y aislamiento que exhibía el propio movimiento cuartainternacionalista argentino: el propio Moreno caracterizaba a esa época como la de un “...trotskismo bárbaro’, porque nos formamos separados de la experiencia internacional, descubriendo las cosas a través de un parto doloroso, donde nos llevaba años y años solucionar problemas políticos o teóricos que ya estaban solucionados...” (Veiga, 1989: 60).

La caracterización que el GOM hizo del peronismo, en sus primeros años, fue muy negativa, con limitaciones de análisis evidentes. La movilización del 17 de octubre de 1945 fue definida como una “lucha de camarillas”, en la que “el proletariado atrasado salió a defender el orden burgués contra la propia burguesía” y que “en ningún momento el proletariado dejó de ser utilizado”. Toda la experiencia del constitución, apogeo y luego también crisis del Partido Laborista le resultó indiferente, sobre la base de una mirada que sólo hacía hincapié en los rasgos de pasividad y desmovilización de los trabajadores. El GOM subestimó los componentes nacionalistas del nuevo proceso y sus políticas de concesiones que había tenido que adoptar frente al movimiento obrero. Ya había entendido al golpe del 4 de junio de 1943 como una iniciativa en defensa de la vieja estructura del país ligada al imperialismo inglés (Ver: GOM, 1944). A Perón directamente lo rotuló de “agente inglés” y expresión de los intereses del sector más fuerte de la burguesía argentina, los terratenientes. En esta visión, estos últimos habrían ofrecido cierta resistencia al avance de la influencia del imperialismo norteamericano que afectaba a la economía en su conjunto, tradicionalmente ligada al capital británico. De este modo, el peronismo era visto como incentivando la unidad de las clases explotadoras y la colaboración con el imperialismo inglés. El grupo entendía al peronismo en un contexto de “reflujo” de la clase obrera (en buena medida por el papel de sus direcciones reformistas), la cual fue utilizada por aquel, en un contexto de prosperidad económica. Los trabajadores sirvieron al plan demagógico

del gobierno y fueron desviados de los métodos de lucha revolucionarios y de sus objetivos de clase, sin constituirse en una fuerza capaz de determinar cambio político alguno. La estatización operada sobre los sindicatos estuvo al servicio de los intereses del conjunto de la burguesía y del imperialismo en función de reforzar el control sobre la clase obrera. El único elemento que introducía una compensación en estas definiciones fue la decisión del GOM de trabajar con los obreros peronistas y en sus nuevos sindicatos, conscientes de su carácter mayoritario. De hecho, Moreno luego la entendería como una de las pocas decisiones o definiciones políticas acertadas del grupo en aquella época: “Quienes insistimos en que el lugar preferente del trabajo político del trotskismo eran los sindicatos peronistas, fuimos nosotros. Denunciábamos el carácter totalitario, reaccionario, de la burocracia sindical y del control estatal. Pero supimos entender el fenómeno. Ese acierto, opino, es la página fundamental de nuestro grupo...” (Veiga, 1989: 61). Y era en ese marco que hacía referencia a un problema sobre el que luego abordaremos más a fondo: “Fuera de esto que le digo, errábamos en casi todo lo referente al análisis político nacional. Pero los análisis históricos son buenos: parte de ellos los tomó el historiador Milcíades Peña, aunque en forma un poco estática y sectaria”. ...” (Veiga, 1989: 61).

Como ocurrió con otros agrupamientos trotskistas durante aquellos años, el GOM tuvo oportunidad para el desarrollo de una experiencia “entrista” dentro del PS. No era parte de una orientación global, pues el grupo no alcanzó a definir una estrategia de “entrismo” sistemático en ese partido, tal como preconizó Trotsky en la década del '30 en varios países, como vía para influenciar a sectores obreros y de izquierda de la socialdemocracia y ganar la adhesión de sus militantes, lo cual tuvo resultados significativos en ciertos casos. En este caso, el único que emprendió el GOM, los frutos fueron importantes, siempre en el contexto de los modestos límites del grupo. Pudo realizar un trabajo de entrismo sobre sectores juveniles del PS en Avellaneda, Bahía Blanca y, precisamente, La Plata, entre 1945 y 1946. Sobre la Juventud Socialista de Avellaneda actuó el propio Moreno. Los primeros en ser influenciados por su prédica fueron unos jóvenes socialistas bahienses, Ángel A. Bengochea y Horacio Lagar, quienes, vueltos a su lugar de origen, lograron acercar a otros (como Andrés Baldrich), y desde este núcleo pudieron ejercer un papel dirigente en la juventud partidaria de la ciudad

sureña (Entrevista a Andrés Baldrich, 1993). Al mismo tiempo, Bengochea y Lagar, estudiantes de Historia en la Universidad Nacional de La Plata, trabaron relación con varios militantes y dirigentes de la Juventud Socialista de esta ciudad, quienes, luego de una serie de charlas y cursos fueron captados para las filas del GOM. Milcíades Peña pertenecía, precisamente, a ese grupo, junto a José D. Speroni, Oscar Valdovinos, Alberto J. Plá, José Rosales y otros. Una documentación interna del propio GOM, hasta el momento desconocida, nos permite establecer el momento más o menos exacto del ingreso de Peña al mismo: un relevamiento de los miembros estatutarios del grupo indicaba que en octubre de 1947, aquél era uno de sus 50 integrantes orgánicos en una de las 11 células que los agrupaba (la perteneciente a la regional platense) y se detalla su cotización mensual de 8 pesos (Informes del Buró Político del GOM, 1947).

Peña, el menor de todos los miembros provenientes de la Juventud Socialista, cursaba su bachillerato en el Colegio Nacional, el cuál abandonó tiempo después. De hecho, el grupo provenía mayoritariamente del medio universitario, especialmente de la Carrera de Historia, como los casos de Bengochea, Plá y otros. Con la incorporación de este puñado de estudiantes se inició el trabajo de esta corriente trotskista en La Plata, que luego fue destacándose como un centro de actuación y de reclutamiento de militantes importante para esa organización.⁴ Incluso, tuvo consecuencias más generales, como recordaba el dirigente del grupo: “...no teníamos cuadros medios. No éramos conscientes de la importancia del trabajo en el movimiento estudiantil. Fue gracias a la entrada de Lagar, Bengochea y aquel grupo que empezamos a hacer cuadros medios y se forma la dirección. Fue una etapa muy positiva”.⁵ La mayoría de estos nuevos militantes se proletarizaron inmediatamente, relegando sus anteriores proyectos de vida, y mutaron en destacados activistas sindicales en diversas fábricas (como Siam, Duperial, los frigoríficos La Negra y Anglo-Ciabasa y otras); varios de ellos también se mudaron al barrio obrero de Villa Pobladora (donde ya se hacía una experiencia de dirección en el Club Corazones Unidos). Milcíades, de escasísima edad, fue uno de los pocos que no ingresó a trabajar a una fábrica, quedando más bien ocupado de tareas de tipo intelectual, que

⁴ Varios estudiantes platenses se incorporaron a lo largo de esa década y, en especial, de la siguiente a esa corriente trotskista: Ernesto González, los hermanos Luis y Rubén Vitale, Carlos Schiavello, Alejandro Dabat, Hugo Blanco y otros.

al poco tiempo lo convirtieron en un colaborador directo de Moreno.

Precisamente, entre Moreno y Peña fue desenvolviéndose una estrecha relación. Había ciertos elementos comunes, culturales, de formación, de hábito y sociales, pero también algunas importantes diferencias. Moreno provenía de un pueblo rural bonaerense, Estación América, cercano al de Rivadavia (perteneciente al Partido de General Villegas, lindante con la provincia de La Pampa, una zona económicamente rica de la región, ligada a la ganadería refinada del Shorton). Procedía de una familia de clase media alta, politizada y anticlerical: su padre era contador y caudillo radical en la zona, mientras que sus tíos eran figuras locales del conservadorismo. Había sido enviado a estudiar a Buenos Aires, a los seis años, adonde finalmente se trasladaron a vivir sus padres, en una elegante pensión del Barrio Norte. También se trató de un adolescente precozmente motivado hacia el estudio y la problemática humanística, que luego derivó en una formación autodidacta. Había tenido a Ricardo Rojas y al filósofo Carlos Astrada como profesores en el Colegio Nacional Manuel Belgrano, en el cual realizó sus estudios secundarios. Se habituó tempranamente a la lectura, especialmente de la literatura clásica (Homero, Goethe, Balzac, Cervantes, Aristófanes, Dante) y de filosofía, sobre todo, de las obras de Kant y de Hegel, sobre las cuales intentaba dar conferencias a los 15 o 16 años. También tenía inclinación hacia la crítica teatral y las matemáticas. A esa edad ya había comenzado su acercamiento a la política, a partir de su participación en la Asociación Cultural Nicolás Vergara, impulsada por una maestra de Villa Crespo, que le permitió vincularse al ambiente cultural y político de la izquierda desde 1939. Uno de esos lugares era el Teatro del Pueblo dirigido por un intelectual ligado al PC, Leónidas Barletta, ámbito en donde dos veces por semana se hacía "teatro-polémica" para debatir diversas cuestiones políticas. Otro eran los grupos de debate que se reunían en diversos cafés, como el Tortoni, animado por uno de los iniciadores del trotskismo en la Argentina, Héctor Raurich. En esos sitios Moreno comenzó a tratar a figuras como el propio Raurich, los escritores Roberto Arlt y Luis Franco, los periodistas del diario *El Mundo* Ledesma y Rivas Rooney, el guionista de cine Sergio Satanovsky, entre otros. Fue en ese momento cuando se incorporó al movimiento trotskista, como ya señalamos, primero en la experiencia unificada del PORS, luego en la

⁵ Versión taquigráfica de un curso sobre la historia de su partido dictado por Moreno en 1968.

LOR de Liborio Justo, hasta crear finalmente el GOM. No obstante estos compromisos, logró completar sus estudios secundarios, entrar a trabajar en un ministerio público (el de Hacienda) e iniciar la carrera universitaria de abogacía. Pero con la fundación del GOM, su vida quedó completamente absorbida por la política (por cierto, con la oposición de su familia).⁶

Desde el momento en que se inició, entre mediados y fines de 1947, y a lo largo de algunos años, hubo un carácter asimétrico y discipular en el vínculo entre Moreno y Peña. Incidía la diferencia generacional: el primero tenía en ese entonces veintitrés años; el segundo, sólo catorce. Pero también en acumulación de experiencia política y de capital cultural. Moreno llevaba sus últimos siete años militando en el trotskismo, trabando relación con sus principales protagonistas: Justo, Raurich, Posadas, Ramos, los hermanos Ángel y Adolfo Perelman, Mateo Fossa (el sindicalista de la madera que se había entrevistado con Trotsky en México), entre otros. Durante esos años fue desplegando varios escritos teóricos y políticos y cursos de iniciación marxistas, que operaban como orientación de una organización liderada por él, con una incidencia muy específica y localizada en algunas luchas del movimiento obrero. Con el apoyo económico de este pequeño grupo, en abril de 1948 había podido viajar a París durante un mes, para asistir al Segundo Congreso de la Cuarta Internacional, en donde una nueva camada de cuadros políticos (el griego Michel Raptis/"Pablo", el belga Ernest Mandel, el francés Pierre Frank, el italiano Livio Maitán y otros) procuraba reconstruir la organización mundial fundada diez años antes por Trotsky.

Para Peña, la incorporación al GOM significó la apertura de un universo nuevo: el de la militancia revolucionaria, dentro del peculiar espacio del trotskismo, una tradición teórico-política cargada de fuertes rasgos identitarios, que se desenvolvía en un contexto de marginalidad y hostilidad del medio circundante. Dentro de ese pequeño mundo, él pasó a adoptar un nuevo nombre, expresión de una suerte de rito de pasaje: pasó a ser llamado

⁶ Sobre la política, Moreno confesaba no mucho tiempo antes de su muerte que "... la odiaba y la odio hasta la fecha. Es una contradicción que tengo. A mí me gustaban mucho las matemáticas y la filosofía (...) [Cuando se] me gana para el trotskismo, Abelardo Ramos, el historiador [Enrique] Rivera y otros, comienzan a aprovechar esa faceta de mi personalidad y me hacen escribir sobre cuestiones filosóficas, porque nunca se pensó que yo iba a ser un político. Siendo ya trotskista, por un tiempo seguí siendo idealista y reivindicando a Hegel y a Kant". (Veiga, 1989: 25-26).

Hermes Radio, el apodo con el que transcurrió toda su experiencia de compromiso directo e indirecto con la corriente política de Moreno, hasta fines de 1959. Un criterio juicioso nos conduce a afirmar que, aun considerando la extraordinaria precocidad de su avidez intelectual, es poco probable que para ese entonces, tal como se ha sostenido, ese muchacho de catorce años ya hubiese leído profusamente “a los clásicos del socialismo” y que dispusiera de “una sólida formación marxista: dice haber estudiado los tres volúmenes de El Capital” (Tarcus, 1996: 108-109).

La militancia de Peña en el GOM parece haber sido muy intensa desde un comienzo. Eso explica que, cuando a fines de diciembre de 1948, la agrupación, que ya se había expandido a casi el centenar de miembros, realizó un congreso, en el cual cambió su nombre por el de Partido Obrero Revolucionario (POR), Hermes Radio fue uno de sus 21 delegados e incluso fue elegido como integrante de su Comité Central. Sus labores continuaban siendo, en lo fundamental, de brindar ayuda a Moreno en la búsqueda de bibliografía, fuentes y datos estadísticos, así como en tareas de colaboración en el periódico partidario, *Frente Proletario*. Sin embargo, no hay evidencias de escritos propios de Peña en ese, ni en otro órgano de prensa, sino a partir de mayo de 1951 (tampoco en la producción de folletos, que se iniciaron en 1956).

Las elaboraciones teórico-políticas del GOM-POR y sus influencias en Peña

El muy moderado pero igualmente perceptible crecimiento que se había experimentado en las fuerzas del GOM-POR (sin alterar, por cierto, su carácter de grupo minúsculo), no obstante, pareció haber llegado a un límite hacia 1947-1948. Y ese progresivo estancamiento de la organización habría profundizado cierta reorientación del trabajo partidario y de la labor de su principal dirigente, lo que tuvo incidencia en Milcíades Peña. Moreno, muchos años después, argumentó esta peculiar periodización, señalando que el curso totalitario emprendido por el régimen peronista al poco tiempo de haber llegado al poder habría sido uno de los factores decisivos que determinaron un retroceso y relativa

pasividad de la clase obrera, hasta 1952 aproximadamente, lo cual habría mermado las posibilidades de expansión de la pequeña organización trotskista. Según él, este proceso abrió, contradictoriamente, una etapa de fortalecimiento teórico-político del colectivo: “Nuestro grupo se debilitaba, había pocas luchas y huelgas obreras. Pero entre 1947-1949, contradictoriamente (...) es cuando mejor fructifican los trabajos teóricos” (“Charla entre Nahuel Moreno y Juan José Sebreli a principios de 1976”: 13).⁷ En efecto, fue durante esos años cuando hubo en el GOM-POR un particular y más decidido interés en privilegiar cierto proceso de estudio y elaboración teórica, que se expresó en un conjunto de análisis sobre temas históricos, económicos, sociales y políticos de la realidad argentina.

Esta empresa de elaboración teórica e intelectual se expresó en un reacomodamiento en la tarea partidaria de Moreno y en la colaboración que Peña comenzó a prestarle. El primero se trasladó, por aquellos años, desde el barrio obrero de Villa Pobladora a una modesta pensión céntrica de la Capital y comenzó a internarse en una investigación, por cierto amateur y ensayística, de la estructura y dinámica económico-social argentina, bajo la pretensión de encontrar los insumos para las necesarias adecuaciones programáticas y estratégicas del grupo. En la mencionada entrevista con Sebreli de 1976, Moreno recordaba sobre esos años 1947-1949: “De esa época vienen, creo yo, los escritos más trabajados y más estudiados que he hecho sobre la economía y la historia argentina” (“Charla entre Nahuel Moreno y Juan José Sebreli a principios de 1976”: 13). Hacía referencias más explícitas: “... el análisis de los grandes consorcios financieros que hay en el país que hice en *Frente Proletario* (el consorcio Bemberg, el consorcio Tornquist). Hay un libro de siete capítulos que no se

⁷ Lo que se ha conservado de este valioso reportaje que Sebreli le hiciera al líder del GOM-POR es su desgrabación mecanografiada de 19 páginas. Se trata de un material inédito, que luego fue reeditado como boletín interno por el PST con el título “Nuestra historia”. Sebreli entrevistó y conversó con Moreno en algunas oportunidades, como recordó en uno de sus libros, aludiendo a estos diálogos: “...conocí a uno de los creadores del trotskismo argentino, Nahuel Moreno. Como yo no era un tipo captable, nuestras conversaciones eran bastante francas, y además de las discusiones sobre lógica hegeliana, a las que era aficionado, me descubría con sentido del humor los aspectos más grotescos de la izquierda marginal” (Sebreli, 1987: 216). Algunas partes de esta entrevista Sebreli-Moreno de 1976 fueron usadas en el capítulo IV del libro coordinado por Ernesto González (1995), pero allí, erróneamente, se las cita en las cinco oportunidades como “Entrevista registrada en 1974”, homologándola equivocadamente a otros reportajes (de otros entrevistadores) que aparecieron en los anteriores capítulos y que sí se realizaron en ese último año. Tarcus cita estas declaraciones de Moreno vertidas a Sebreli en 1976, extrayéndolas del libro coordinado por González, arrastrando así el mismo error del año de registro y origen del testimonio, definiéndola como “una autoentrevista realizada en su propio partido en 1974” (p. 306).

editó, sobre el conjunto de la estructura económica argentina. Posiblemente se hubiera llamado 'La Argentina, su estructura económica y social', el que después tomé para los ensayos (...) Eran siete capítulos (...) El primero era 'La acumulación primitiva capitalista en Argentina', ese trabajo que se editó varias veces. El segundo era 'El desarrollo económico peronista, un desarrollo anormal' (...) [Esa] fue una de nuestras teorías, que el desarrollo económico peronista no era una acumulación capitalista normal sino anormal, que hacía que el país fuera cada vez más dependiente del imperialismo y cada vez se atrasara más. Porque era un desarrollo basado en mano de obra y no en maquinaria, no sobre la base de capital constante sino de capital variable. Al ser de capital variable y no en base a la tecnificación, habría de fondo una dependencia cada vez mayor del imperialismo, aunque dialécticamente por unos años diera la impresión -porque utilizamos mano de obra- que dependíamos cada vez menos. Ese es el segundo capítulo, basado en estadísticas: le estoy dando el aspecto conceptual (...) Después seguía [el análisis de] los Consorcios Financieros: el tercer capítulo. Después, el cuarto era 'La estructura de las clases': como era la clase terrateniente, etc. Después, en el quinto y sexto, creo que (...) hacía la historia de los partidos políticos. En esa época también tratamos el problema de la colonización [Moreno se refería al trabajo titulado "Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa"]; los trabajos sobre historia argentina (...) Más o menos la mitad (...) de lo que escribe después Peña es trabajo de investigación mía; otra parte es de él, por ejemplo lo de Roca es de él, y otras cosas. Peña colabora conmigo, es mi ayudante y es mi gran amigo también en esta época" ("Charla entre Nahuel Moreno y Juan José Sebreli a principios de 1976": 13-14).⁸

¿Qué resultados concretos produjo esa elaboración? Se expresó en el carácter algo más profundo y documentado que adquirió el periódico *Frente Proletario* desde 1948, en el lanzamiento de la primera revista teórica de la corriente, *Revolución Permanente* (a partir

⁸ Según Tarcus, esta última cita "ponía de manifiesto" la "incomodidad de Moreno con la obra de Peña" (p. 306). Párrafos antes, este mismo autor afirma que la "versión oficiosa" de aquella corriente trotskista era que el joven intelectual "se habría ido del partido apropiándose de las ideas originales de Moreno" y "se habría apresurado a publicarlas con su nombre" (p. 305), aunque no expone registros de esa interpretación. Pocos renglones después, inquiriere: "¿Quién plagia a quién?" (p. 306). Así planteada, se trata de una polémica falsa y, en buena medida, inútil. Lo que debe realizarse es una reconstrucción ordenada, histórica y conceptualmente, para descubrir el modo en que un conjunto de ideas fueron enhebrándose dentro de una corriente política y el papel cumplido en ese proceso por parte de sus intelectuales.

de 1949) y en la confección de una serie de escritos, editados en forma de documentos o precarios folletos durante 1948-1949 (todos posteriormente reeditados en varias oportunidades). En todos los casos, eran textos de Moreno, pero que fueron reivindicados por el conjunto del GOM-POR. Y Peña cumplió un papel fundamental en la recolección de datos y evidencia empírica. Hasta el momento, más allá de alguna mención ocasional, no se ha hecho un análisis profundo y específico de estos materiales. Mencionemos cuatro trabajos fundamentales: “Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa”; “Tesis agraria”; “Tesis industrial”; “Tesis latinoamericana”. Todos fueron escritos en 1948, pero sus publicaciones más accesibles son de años posteriores (y serán ellas las que citaremos).

En “Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa” (Moreno, 1957) se sostenía que la colonización europea en América había sido esencialmente capitalista y no feudal, como se aseguraba con frecuencia de diversas perspectivas historiográficas (incluso, del propio campo de la izquierda, como el comunismo). Estas posiciones empalmaban con las que hacia la misma época sostenía el historiador Sergio Bagú. Se afirmaba que las expediciones y la producción en el continente americano se habían organizado para obtener grandes ganancias colocando mercancías en el mercado mundial. No inauguraron un sistema de producción capitalista, pues no había en esta región un ejército de trabajadores libres ni un mercado de fuerza de trabajo asalariada. Así, los colonizadores se habrían visto obligados a recurrir a otras relaciones de producción, como la esclavitud, la encomienda, la mita y el yanaconazgo. El texto también argumentaba que el problema indígena contemporáneo mantenía toda su vigencia, pues en países como Bolivia, Perú o Ecuador, grandes sectores de la población campesina e indígena todavía vivían como productores que se bastaban a sí mismos, sin trabajar para el mercado, pero siendo afectados igualmente por la explotación de los latifundistas. Por ello, propugnaba el derecho a la autodeterminación de esos pueblos y comunidades, preservando sus costumbres, su idioma y su cultura propia.

La “Tesis latinoamericana” (Moreno, s/f) plasmó un esfuerzo por definir y ubicar al subcontinente, en clave comparativa entre países, bajo la categoría de “semicoloniales y

atrasados”, y de conjunto a toda la región como “apéndice de los EE. UU”. Examinó las características de la producción agraria y la industria con el prisma del “desarrollo combinado”, así como el rol desempeñado por el capital financiero extranjero. Y buscó interpretar la dinámica de la movilización obrera y de masas en la posguerra. Asimismo, se detuvo extensamente en el escudriñamiento de las clases sociales latinoamericanas (rasgos, función, dinámica), identificando a los terratenientes, la burguesía agente del imperialismo, la pequeña burguesía y el proletariado. En una tercera parte, exploraba al estado y a los principales partidos y movimiento políticos del área, haciendo especial énfasis en la categoría de “bonapartista o semibonapartistas” para varios de los gobiernos existentes (como el peronismo). Finalmente, en la cuarta parte, se analizaban las peculiaridades del movimiento obrero y de los movimientos nacionales antiimperialistas, así como la posición que el trotskismo debía adoptar frente a ellos, desde la aplicación de la teoría de la revolución permanente y un programa de transición, todo ello en debate contra lo que definía como posiciones oportunistas de ciertos grupos del propio trotskismo.

En cuanto a la “Tesis industrial” (Moreno, 1959 b), allí se apuntaba a diseccionar el carácter atrasado, dependiente y subsidiario de la industrialización argentina con respecto a los terratenientes y el imperialismo. Se advertía sobre el dominio que ejercía los ingleses sobre la economía y la política del país, y el modo en que los grandes consorcios, como Tornquist, Bemberg y Robert Leng Company, controlaban la mayor parte de los bancos, empresas comerciales y de servicios e industrias del país, incluidos los frigoríficos.

Finalmente, dejamos para último lugar el trabajo al que más espacio dedicaremos, pues nos parece central y de los más elaborados: la “Tesis Agraria” (Moreno, 1959 a). Consistía en un texto de unas quince páginas, saturado de datos estadísticos y taxativas definiciones, que estaba dividido en tres grandes partes. La primera de ellas estaba dedicada a analizar el “régimen de producción”. Comenzaba postulando la decisiva importancia que en la economía argentina poseía la producción agraria y el consiguiente papel subordinado que jugaba la industria (para lo cual ofrecía números absolutos y porcentuales de la población empleada en dicha rama). Ello era expuesto como evidencia del carácter “atrasado” del

desarrollo capitalista del país, del mismo modo como ocurría con otros países latinoamericanos y en diferenciación a lo existente en Estados Unidos y ciertas regiones de Europa. Asimismo, tras indagar en el monto de las explotaciones, de los productores, de los trabajadores y de las viviendas rurales, y apelando a la historia crítica de la plusvalía de Marx, se afirmaba que las relaciones de producción en el campo argentino no eran “esencialmente capitalistas, sino familiares”. Demostraba profusamente a través de números y cifras la baja mecanización en el trabajo agrícola, su escaso rendimiento y su carácter extensivo, relacionándolo con la amplitud y nivel de concentración de las explotaciones. Para un período inmediato, pronosticaba lo que finalmente no aconteció: una brutal crisis agrícola y general en la Argentina, producto de una inminente crisis del capitalismo mundial por sobreproducción.

Una segunda parte del texto examinaba el “régimen de propiedad y las clases sociales”. Partiendo de considerar el fuerte grado de centralización de la propiedad y monopolio de la tierra, identificaba cuatro actores fundamentales. Uno eran los terratenientes, que “son usufructuarios de la renta agraria, son los propietarios de la tierra” y que “necesitan imperiosamente el trabajo agrícola, para valorizar su renta, y el mercado mundial con su exigencia de materias primas y de consumo”. Se hacía eje en la “dependencia del mercado mundial”, pues era ella la que establecía “las relaciones entre el imperialismo y los terratenientes”. Había aquí un señalamiento clave: “Muchos terratenientes capitalizan su renta agraria en empresas industriales y viceversa. De ahí la prosapia estancieril de muchos grandes industriales y el ningún antagonismo entre los sectores más importantes de ambas clases”. Otro actor eran los “capitalistas agrarios”, de los que se ofrecía una serie de cifras para ubicarlos como una “minoría insignificante”, la mayoría, “propietarios de los establecimientos modelos, ejemplo de racionalización capitalista del trabajo, tales como las cabañas y las estancias”. Aseguraba que “la casi totalidad de las empresas capitalistas del campo son las estancias y explotaciones mixtas”. Pero dentro de este grupo existían muchos que eran “terratenientes al mismo tiempo”. Una conclusión vital era que “los capitalistas agrarios más importantes no tienen antagonismo con los terratenientes, ya que son una excrecencia de estos últimos”, siendo los más pequeños los realmente afectados en su posibilidad de progreso por el monopolio de la tierra. Un tercer nivel eran los “productores directos”, que basaban su

producción en su trabajo y en el de su familia, constituyendo la amplia mayoría de los agricultores, cuyos estratos más bajos quedaban homologados a la categoría de “campesinos pobres” de Lenin. Por último, estaban “los proletarios, permanentes y temporarios”, determinados por el bajo grado de división del trabajo y mecanización del agro, por lo que, a excepción de los trabajadores de las cabañas, estancias modelos y empresas claramente capitalistas (por otra parte, los más definidamente existentes como obreros agrícolas y por ende los más sindicalizados), quedaban condicionados por “una relación de tipo familiar o paternal entre obrero y patrón”. Un punto específico atendía la relación entre el estado y el problema agrario, sosteniendo el carácter dominante de la clase terrateniente en alianza con el imperialismo y el modo en que todos los gobiernos la habían defendido: “Perón e Irigoyen también, y esto constituye el mentís más concreto a los que sostienen que éstos representaban a una burguesía industrial anti-imperialista y anti-terrateniente”. También analizaba las razones por las cuales el estado participaba de la comercialización de las cosechas (siempre teniendo a las compañías extranjeras como agente comercial): en tanto medio para salvar la valorización de la renta agraria y para impedir que “el sobre-valor comercial vaya a manos del productor directo, del chacarero, y sí a las arcas de los más poderosos latifundistas y burgueses”. Ello se aclaraba para desmitificar los planteos de otros grupos trotskistas, como el GCI (de Posadas) y el grupo Octubre (de Ramos), que encontraban en el peronismo características antioligárquicas y antiimperialistas.

La tercera parte de la “Tesis agraria” abordaba el “carácter de la revolución”, comenzando por hacer una diferenciación entre las tareas propias, frente al problema agrario, que tenían planteadas las revolución democrático-burguesa y socialista, así como de especificación entre la nacionalización de la tierra y su socialización. Todo ello servía para reafirmar que el programa del POR propugnaba la “nacionalización sin pago de la tierra” y propiciaba la “movilización de los proletarios, semi-proletarios, quinteros y chacareros miserables contra los chacareros medios y ricos (...) al mismo tiempo que debemos ser los más abnegados luchadores contra los terratenientes y grandes capitalistas”. Y aseguraba que el problema agrario era “junto con el carácter de semi-colonia del país, lo que nos hermana fundamentalmente con los otros países latinoamericanos en nuestra revolución”. Luego de las

tres grandes partes que condensaban las 25 tesis del texto, se hacía un extenso debate con otros grupos trotskistas acerca de los rasgos del capitalismo agrario argentino (desmintiendo su carácter avanzado o maduro) y sobre “la herencia feudal”. En este último punto, se negaba la existencia en el país de reminiscencias feudales (por ejemplo, frente a los que las hallaban en los grandes latifundios y estancias). El señalamiento clave era que la Argentina, desde la colonización y con elementos distintos a casos como el brasilero o mexicano, se distinguía por una producción rural que “adquirió un carácter mercantilista primero y cuando se afirmó la explotación ganadera, netamente capitalista”, dependiente del mercado mundial. De allí se concluía con una idea que no era muy frecuente en los análisis historiográficos y sociológicos del desarrollo agrario argentino: “a partir de la organización nacional surge el verdadero terrateniente capitalista, con la incorporación del inmigrante y el trabajo agrícola que es el único que valoriza el suelo, ya que éste por sí solo no tiene ningún valor. Pero este terrateniente no es el feudal, sino es capitalista y ni siquiera es un heredero del feudal, sino que se ha ido formando junto con la entrada del país al mercado capitalista. De ahí la imposibilidad de encontrar verdaderos trazos feudales en el campo argentino. A no ser que se tome como trazos feudales la renta en especie y el pago en bonos”.

En la investigación que dio lugar a estos textos y documentos, Peña cumplió un papel muy destacado, especialmente en lo que hace al relevamiento de fuentes y bibliografía, de modo que, incluso, pueden ser considerados como el producto de un trabajo en equipo. Diez años después de iniciada esta elaboración teórica conjunta, era Peña -ya más desencuadrado de una militancia orgánica en el trotskismo- quién aludía directamente a ella en su revista *Estrategia de la Emancipación Nacional*. En su primer número, como nota aclaratoria de ese viejo artículo de carácter histórico de Moreno sobre la colonización española y portuguesa de América que allí se publicaba (Moreno, 1957), Peña reproducía una carta que este último le había enviado el 19 de agosto de 1957 (Ver: Intercambio de notas entre Moreno y Peña, agosto de 1957). Citémosla de modo completo:

“Estimado Peña: Te agradezco tu invitación para colaborar en la revista que promovés. La crisis del stalinismo abre enorme perspectiva al desarrollo teórico-político, y tu

esfuerzo es una magnífica forma de impulsar el desarrollo teórico. La elaboración artística, política y teórica no se puede efectuar sin una vigorosa polémica. Es por eso que me parece correcta tu intención manifiesta de facilitarle las páginas de ESTRATEGIA a todo intelectual que se reclame del marxismo, sin exigirle ningún acuerdo previo. Dada la índole de la revista, he creído conveniente enviarte un viejo trabajo nuestro sobre la colonización española-portuguesa, a pesar de sus evidentes debilidades. Esto de "nuestro" es verdadero, vos lo sabés, en muchos sentidos. Es nuestro en tanto que trotskista, ya que es producto de años de fructíferas polémicas entre trotskistas. Es también nuestro, en el sentido que vos colaboraste como nadie en el estudio e investigación que culminó en la apresurada tesis. Es también nuestro, porque como marxistas llegamos a las mismas conclusiones que Bagú antes de conocer sus libros y con mucha menos documentación. Sólo me resta apenarme de que no te animes a publicar la página de conclusiones que escribiste para la misma época, sobre la situación de la España inmediatamente anterior al descubrimiento de América. En esa página sintetizabas nuestra destrucción de los prejuicios corrientes sobre la España de la Conquista. En tren de lamentaciones, deberé recordarte que nunca concretamos nuestros estudios sobre la colonización de Estados Unidos. Hay intelectuales apresurados, recién llegados al marxismo, que quieren quitarnos el derecho que nos hemos ganado los trotskistas de haber sido los primeros que comenzamos, en Latinoamérica, a teorizar de verdad como marxistas. El viejo trabajo que fecho ahora en diciembre de 1948 servirá para llamar a la realidad a los jóvenes intelectuales que se acercan al movimiento revolucionario”.

Peña contestaba a continuación dicha misiva, y ello permite ilustrar algo sobre la influencia que él reconocía en estas elaboraciones y el modo en que se relacionó con ellas:

“Efectivamente, desde 1943 el camarada Moreno ha realizado diversos trabajos de investigación e interpretación sobre problemas fundamentales para el marxismo latinoamericano. A partir de 1948 colaboré con él en varios de esos trabajos, de modo que mi juicio sobre ellos no puede estimarse imparcial, pero creo que hay razones objetivas para considerarlos como los aportes más valiosos hechos hasta hoy para la elaboración de un auténtico pensamiento marxista latinoamericano -y esto sin cerrar los ojos a las obvias

deficiencias formales y de contenido. Respecto a estas tesis sobre la colonización, vale la pena señalar que fueron trabajadas en 1948. Recuerdo la sorpresa que experimentamos Moreno y yo cuando, poco después, apareció el libro de Sergio Bagú titulado "Economía de la Sociedad Colonial", en el que también se sostiene el carácter capitalista de la colonización española y portuguesa”.

Falta aún una valoración y análisis crítico de estas elaboraciones del GOM-POR que hemos presentado.⁹ El primer objetivo que nos planteamos era exhibirlas y comenzar a identificarlas como un factor central en la construcción del pensamiento y la obra de Peña. Cuando se leen algunas de sus obras claves, como *Industria, burguesía industrial y liberación nacional* (1974) e *Historia del pueblo argentino* (2012), entre muchas otras, pueden advertirse claramente la influencia de estos planteamientos. Ello será motivo de indagación en la segunda parte de esta exploración, que aquí debemos detener.

A modo de cierre

En esta primera aproximación a un estudio de los vínculos iniciales de Milcíades Peña con el trotskismo, nos detuvimos especialmente en el modo cómo se produce su acercamiento a esa corriente, en las características que ésta presentó desde el punto de vista político-organizativo y en las principales contribuciones teóricas e historiográficas, todo lo cual nos parece importante para una comprensión del primer despliegue del proyecto intelectual de Peña. Ni es necesario aclarar que no todo lo que este ensayista e investigador luego elaboró se debe o se puede explicar a partir de estas experiencias políticas, planteamientos teóricos e hipótesis embrionarias que aquí hemos analizado. Pero nos parece evidente que su ignorancia o subestimación puede ocasionar una visión también unilateral o tergiversada. Nuestra

⁹ Incluso un autor que exhibe una postura impugnadora de la corriente trotskista aquí referida hace el siguiente juicio sobre estas elaboraciones: “Fue mérito del POR, a diferencia de las otras corrientes de izquierda, el intentar fundamentar su actividad en un análisis relativamente elaborado de la realidad argentina, de su formación histórica a través de las formas de producción de la vida social, del surgimiento, desarrollo y lucha de las clases sociales. *Frente Proletario* y *Revolución Permanente* dieron cuenta, en forma de artículos y tesis, de ese esfuerzo. Contra los mitos liberales, se apeló al análisis de clase, y contra los mitos nacionalistas, se mostró la continuidad del dominio oligárquico (e imperialista) de la Argentina, aun bajo los gobiernos que eran aparentemente su negación” (Coggiola, 2006: 10). Ver, también: Tarcus, 1996; Acha, 2009.

provisoria conclusión se anuda en torno a una hipótesis, que fundamentaremos con más desarrollo en un próximo trabajo, donde abordemos la trayectoria y producción teórica de Peña durante las décadas del '50 y '60: fue durante estos primeros años formativos y de militancia en las filas del trotskismo, los que van de 1947 a 1949, cuando se cimentaron algunas de las concepciones básicas de este futuro destacado intelectual, en especial, las que hacen a su visión acerca factores, actores y procesos claves de la historia argentina: la clase dominante, los rasgos de la estructura económico-social, los límites de la industrialización, el atraso y la dependencia semicolonial global del país y el peronismo.

Fuentes

- Intercambio de notas entre Moreno y Peña, agosto de 1957, en: Moreno, Nahuel (1957), “Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa”, en *Estrategia de la Emancipación Nacional*, Año I, N° 1, septiembre, pp. 83-84.
- “Charla entre Nahuel Moreno y Juan José Sebreli a principios de 1976”, mimeo, 1976.
- Entrevista a Andrés Baldrich, 1993.
- GOM (1944), Comunicado sobre el golpe del 4 de junio de 1943, en *Boletín de Discusión del GOM*, N° 1, Buenos Aires, julio.
- Informes del Buró Político del GOM, 1947.
- Moreno, Nahuel (1944), “El Partido”, en *Boletín de Discusión del GOM*, N° 4-5, Buenos Aires, noviembre/diciembre (1° ed. en folleto: 1943).
- Ídem (1959 a), “Tesis agraria”, en Moreno, N.: “La estructura económica argentina”, *Cuadernos de Estrategia*, Buenos Aires, Estrategia.
- Ídem (1959 b), “Tesis industrial”, en Moreno, N.: “La estructura económica argentina”, *Cuadernos de Estrategia*, Buenos Aires, Estrategia.
- Ídem (s/f), “Tesis latinoamericana”, Buenos Aires: Ediciones Sociales.
- Ídem (1957), “Cuatro tesis sobre la colonización española y portuguesa”, en *Estrategia de la Emancipación Nacional*, Año I, N° 1, septiembre, pp. 81-91 (1° ed. en mimeo: 1948).
- Veiga, Raúl (1989), “El tigre de Pobladora”. Versión mecanografiada de un libro que finalmente nunca fue editado, basado en reportajes a Moreno entre mayo-agosto de 1984.

- Versión taquigráfica de un curso sobre la historia de su partido dictado por Moreno, 1968.

Bibliografía

- Acha, Omar (2009), *Historia crítica de la historiografía argentina: las izquierdas en el siglo XX*, Buenos Aires, Prometeo Libros.

- Alexander, Robert (1973), *Trotskyism in Latin America*, California: Hoover Institution Press, Stanford University.

- Ídem (1991), *International Trotskyism. 1929-1985. A documented analysis of the movement*, Duke University Press.

- Carrasco, Carmen y Cuello, Hernán Félix (1988), “Nahuel Moreno. Esbozo biográfico”, en *Correo Internacional*, Buenos Aires.

- Coggiola, Osvaldo (2006), *Historia del trotskismo en Argentina y América Latina*, Buenos Aires, Ediciones ryr (1° eds. 1985-1986).

- Galasso, Norberto (2007), *Aportes críticos a la historia de la izquierda argentina. Socialismo, peronismo e izquierda nacional*, Buenos Aires, Nuevos Tiempos.

- González, Ernesto (coordinador) (1995), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina. Tomo I: Del GOM a la Federación Bonaerense del PSRN (1943-1955)*, Buenos Aires: Antídoto.

- Peña, Milcíades (1974), *Industria, burguesía industrial y liberación nacional*, Buenos Aires: Fichas.

- Ídem (2000), *Introducción al pensamiento de Marx (Notas inéditas de un curso de 1958)*, Buenos Aires: El Cielo por Asalto.

- Ídem (2012), *Historia del pueblo argentino*, Buenos Aires: Emecé.

- Rojo, Alicia (2002), “El trotskismo argentino y los orígenes del peronismo”, *Cuadernos del CEIP*, Buenos Aires: CEIP.

- Ídem (2012), “Los orígenes del trotskismo argentino: de los años 30 al surgimiento del peronismo. Elaboraciones teórico-políticas y vínculos con la clase obrera, en *Archivos de historia del movimiento obrero y la izquierda*, Año I, N° 1, septiembre, pp. 103-125.

- Sebrelí, Juan José (1987), *Las señales de la memoria*. Buenos Aires: Sudamericana.

- Tarcus, Horacio (1996), *El marxismo olvidado en la Argentina: Silvio Frondizi y Milcíades Peña*. Buenos Aires: El Cielo por Asalto.